

# INSURGEN CIA SIN REVOLUCION

## La guerrilla colombiana en una perspectiva comparada

**EDUARDO PIZARRO LEONGOMEZ,**

TERCER MUNDO EDITORES/INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS Y RELACIONES INTERNACIONALES, BOGOTA, 1996.

Para el lector que conozca los trabajos anteriores de Pizarro Leongómez, este libro revela un propósito generalizador, una meta de superación de lo que hubiera podido ser meramente descriptivo, singularizante o coyuntural en sus libros anteriores. La intención de teorizar en el mejor sentido de la palabra se advierte ya en el título, pues aspira a abarcar a la multiplicidad de organizaciones que han practicado la lucha guerrillera, a poner en retrospectiva y en comparación con otros países el fenómeno guerrillero dilucidando sus alcances y limitaciones.

Se trata, pues, de una obra reflexiva, en que el autor resume y ahonda su conocimiento del tema y su propia experiencia ciudadana como habitante de un país que se ha acostumbrado a vivir con la guerrilla, pero cuyos intelectuales y analistas siguen considerando indispensable formularse interrogantes de causalidad, variaciones en torno al ineludible "¿por qué?", que conduzcan a formulaciones prospectivas, a entrever lo que sería Colombia sin guerrilla, en esa dirección nuestro autor ha sido de los más perseverantes.

Desembarazado entonces de temores acerca de la pedantería o la ampulosidad, se propone para comenzar una revisión de

las principales corrientes interpretativas. Todos aquellos autores que pudieran haberse echado de menos en sus trabajos anteriores, desde Cari Schmitt hasta Gérard Chaliand, desde Lenin hasta Weber, desde Mao hasta Charles Tilly, de Clausewitz a Ludolfo Paramio (pasando por Regis Debray), los encontramos juiciosamente resumidos en lo pertinente, expuestos de manera sintética. Aparecen sin omisiones sensibles los autores y títulos que podrían conformar la más selecta, exigente y actualizada bibliografía de un curso de nivel doctoral en ciencia política, o de un curso de estrategia para oficiales de cualquiera de los estados mayores.

No es un mérito menor de este libro si se tiene en cuenta que aún en sus trabajos anteriores, particularmente en su ensayo «Para una sociología de la guerrilla», Pizarro se había propuesto ya sobrepasar el nivel de las generalizaciones empíricas, hacer explícito un criterio de clasificación, de categorización, como paso previo de un análisis de mayor alcance. En este, entonces, Pizarro se propone superarse a sí mismo... y lo consigue.

Si al enfoque elegido se aúna una cierta vehemencia en la

formulación de ideas a contrapelo de las tradicionalmente aceptadas en el campo de la izquierda -un énfasis particular en ciertas conclusiones paradojas- ello querría decir que se contempla, así mismo, una cierta incomprensión por parte de la generalidad de los lectores; pues se ha escrito un libro asumiendo, como un riesgo calculado, que por el tratamiento que le da a su temática, por la decisión con que se afrontan y se controvieren los lugares comunes, no puede ser un libro popular, un *bestselkr*, en principio.

Y no es que esta obra se haya concebido de modo desafiante, o que la aridez sea un rasgo consciente del estilo, no; ya el epígrafe nos estimula, pues, siendo un predicamento de uno de los iconos sagrados de la izquierda latinoamericana -el Che-, se halla por encima de toda sospecha, y consiste en descartar cualquier posibilidad de brote guerrillero en un país donde exista «al menos una apariencia de legalidad constitucional». Toda una incitación a la lectura de un libro como este, en un país donde la guerrilla va camino de ser una institución, dada su persistencia, pero en donde a la vez, como refutando la formulación axiomática del Che, ha persistido algo más que la apariencia de legalidad constitucional, al punto que la Cons-

titución vigente contó con la participación destacada de antiguos guerrilleros, y se presentó en su momento, por unos y otros, como un auténtico tratado de paz interno, generando un entusiasmo hacia la renovación de las instituciones que, en su momento, Pizarro, y muchos más, compartimos.

Es una ironía inconsciente que el epígrafe se haya escogido con propósitos polémicos, acogiéndolo para negar el horizonte estratégico de la guerrilla, pero que el grueso del análisis del propio Pizarro parezca destinado a refutarlo, particularmente por las conducciones a las que arriba, conducciones un tanto pesimistas, como veremos.

Como en el refrán inglés, los hechos son obstinados, y desafían una y otra vez nuestra capacidad de interpretarlos.

Para comenzar, nuestro autor recapitula *d estado del arte*. Pasa revista por las principales interpretaciones previas del problema de una manera muy juiciosa. Siendo tres las perspectivas principales con que se ha analizado hasta ahora el fenómeno guerrillero (etiología, taxonomía, adscripción regional), tras recapitularlas Pizarro se propone incorporarlas en un marco global, tomar lo mejor de cada una de ellas e incorporarlo en una perspectiva más amplia, si cabe. Un repaso muy aleccionador, pues nos demuestra cuánto han cambiado las concepciones principales acerca de nuestras sociedades en tan solo tres décadas: al volver a mirar las teorías sociales aplicadas a los países latinoamericanos en la década del 60, marxistas o no, la conclusión del lector era que ya

fuerza la revolución o, su eufemismo, un «cambio social acelerado» estaba a punto de ocurrir, era a la vez inminente e independiente de la voluntad de los individuos y de los grupos sodales. En ese marco la teoría del foco guerrillero como voluntad reconcentrada, como catalizador del cambio, parecía lógica. Predomina hoy en cambio una percepción naturalista, que ve en la revolución un caso límite de ocurrencia improbable, la excepción. El capítulo del libro dedicado a las explicaciones de rango teórico acerca de las revoluciones es muy claro e ilustrativo.

Es consciente de que, dada la atipicidad de lo que aquí viene ocurriendo, Colombia acaba por ser «un laboratorio ideal para construir una tipología de los grupos guerrilleros» y para poner a prueba a fondo las teorías formuladas, en cualquiera de las latitudes, acerca de su horizonte estratégico, de sus organigramas, de sus bases sociales, del modo de su funcionamiento.

A lo largo de los siete capítulos el análisis se sostiene, es cuidadoso, no parece afectado por una especial prisa por conducir, o por incidir en el curso actual de la política gubernamental en la materia, podría dudarse induso lo contrario: hay un esfuerzo consciente y comprensible de ser circunspecto frente a lo inmediato, de evitar las conducciones abruptas o los pronunciamientos sobre la actual coyuntura, un grado de autismo sobre lo actual, que tiende a ser, en sí mismo, edificante.

Aún así la «vile realidad del presente» se cuela así sea por la puerta trasera, y ya el prolo-

guista nos advierte que el capítulo más reciente de la historia colombiana hay que leerlo «en clave mañosa».

Lo cual nos remite a una de las rectificaciones que pueden hacerse a la exposición teórica de Pizarro: su manera de entender los procesos de legitimación es estática y no dinámica. Cita juiciosamente a Weber, pero pasa por alto la lógica histórica que es implícita a sus conceptos, y es explícita en buena parte de su obra.

No es un prurito de erudición o de exégesis lo que nos lleva a rectificarlo en este punto, no es la obsesión de los sociólogos académicos que caricaturizaba Marco Palacios y que querían saber incluso lo que hubiera dicho Weber la noche antes de que lo reduyeran en la clínica psiquiátrica. No, el punto es de entidad y tiene que ver con lo que veníamos diciendo. Es un concepto que se ha venido popularizando en el mejor sentido, tal vez el más trajinado en la Constituyente dd 91, pues en ella estuvo en boca de caciques indígenas, de profesores de derecho constitucional y de antiguos guerrilleros, generalmente bien entendido. Tan ineludible se ha vuelto en la discusión contemporánea que el propio Palacio lo emplea en su más reciente libro, un libro de texto, es decir con propósitos eminentemente didácticos: *Entre la legitimidad y la violencia*.

La definición que adopta Pizarro es unilateral por incompleta: «El concepto de legitimidad expresa una creencia en la legalidad de las normas que rigen un orden político» formula Pizarro (p. 176), estableciendo una univocidad, una

ecuación simple entre legalidad y legitimidad, que es apenas una de las posibilidades. Una definición demasiado plana. La forma de legitimación más corriente hoy es la fe en la legalidad, pero no es la única. Precisamente la dinámica del asunto hace posible que coexistan formas distintas de legitimidad. Esta en su sentido más amplio viene siendo la creencia en la validez de un orden dado, esté o no formalmente estatuido, se exprese o no en un tipo de legalidad. Es característico de la modernidad, como tendencia, que el orden en cuestión se halle formalmente estatuido, cuente con un ordenamiento legal, pero lo anterior no excluye las crisis.

Y en medio de una de ellas, precisamente, nos hallamos; una crisis para leer «en clave mafiosa» que ha ido minando la credibilidad del Gobierno, aún cuando hasta ahora todos los ordenamientos legales se hallen indemnes y en funcionamiento.

Estamos así, ante un libro cuyo título no puede eludir el referirse, así sea a modo de epílogo, o al menos de colofón, a la crisis actual, a la bancarrota de la política de paz del actual Gobierno, a los problemas de legitimidad a que conlleva y a sus efectos sobre el conflicto interno. Mientras que de su libro anterior decíamos que dejaba en suspenso el análisis para concluir de modo abrupto con pronunciamientos sobre lo inmediato, ahora le reprochamos precisamente lo contrario: que omite referencias ineludibles al más reciente de los capítulos del problema, justo el que hay que leer «en clave mafiosa». Máxime cuando el propio Pizarra ha

abundado en consideraciones acerca de uno de los momentos de crisis de legitimidad anteriores: el período 1989-1990 del cual afirma que estuvo a punto de producir un colapso institucional y de confirmar las formulaciones acerca de «serias tendencias degenerativas» tanto de la guerrilla como del sistema político (alusión al mal de Alzheimer?) y cuando tampoco se ha inhibido de opinar sobre la coyuntura en otros medios y para otros efectos.

Pues, representándose un escenario para el nuevo milenio, el libro concluye, en el último capítulo y en el epílogo, con un análisis del empate militar negativo y de sus efectos. Pasado el optimismo que en su momento produjera la Constitución del 91 respecto del conflicto interno, las conclusiones son casi de corte catastrofista, con énfasis en ciertos adjetivos: «La insurgencia crónica, como un cáncer insidioso, continuará por largos años destruyendo el tejido nacional». Previamente utiliza la muy elíptica expresión, casi un retruécano: «empate militar negativo» para caracterizar la correlación actual de fuerzas. Y de los dos polos analizados es abundante en apreciaciones y datos acerca de la insurgencia y la pérdida de horizonte estratégico de su lucha (del concepto de revolución como lo indudable, propio de los 60 se ha transitado a la noción de la revolución como lo estrictamente excepcional) pero es más circunspecto acerca de los graves déficits de Estado y de sodedad que se hacen palmarios en el otro polo.

Dicho polo de la guerrilla ha sido Pizarro, a nuestro juicio, quien con más bondad de modo más oportuno y con más coraje personal, ha señalado los síntomas de

dichas tendencias degenerativas. Sus apreciaciones acerca del significado de la matanza de Tacueyó, son buena prueba de ello. En este libro, examina en detalle, con escalpido, las manifestaciones más redentas, más virulentas, de la dialéctica de la violencia: la confrontación entre guerrillas y paramilitares. Parece corroboramos que quienes recurren a la violencia, así tengan o no la convicción de que es un medio legítimo, tienen que estar preparados igualmente a aceptar las consecuencias, «las fuerzas diabólicas que están presentes en toda violencia».

Pero del polo del Estado su análisis es escueto, sumario, incluso críptico. Amén de las enunciaciones, genéricas, acerca de «un grave déficit de Estado» y «un grave déficit de sociedad», de este otro polo del conflicto el análisis no avanza mayormente. No ahonda, por ejemplo en el déficit de representación a que da lugar la crisis de los partidos, a la patente pérdida de cualquier viso de autonomía por parte de la clase política respecto de los grupos de presión económicos, legales o ilegales y, sobretodo, del fracaso de las políticas del control del narcotráfico y del narcocultivo que tiene como un efecto importante el haber aumentado la dependencia de los campesinos cultivadores, respecto de la guerrilla como poder armado en dichas zonas. En fin, el que los remedios contemplados en la Constitución del 91, los nuevos mecanismos de consulta y, entre otros, los topes a la financiación de las campañas, no sólo no hayan surtido efecto sino que en el corto plazo, hayan acentuado el déficit de representación y hecho más

patente la crisis de legitimidad, polarizando aún más a la sociedad. Ahondar en todo ello es ineludible para entender por qué, pese a las condenas previas, a las reiteradas, reiterativas y en fin, inocuas descalificaciones acerca de la validez histórica de su accionar -que varias cartas de lo más granado de la *intelligentsia* han proferido- la guerrilla encuentra nuevo oxígeno en las taras del sistema político, siendo la corrupción la principal de ellas.

Una tesis fuerte, un acierto del análisis, es, de modo retrospectivo, la forma en que el problema se presenta para el caso del Frente Nacional. En explícita controversia intelectual con Malcolm Deas y con Daniel Pecaut Pizarrá enfatiza la percepción del cierre del sistema, por varios de los actores, como una de las condiciones que hicieron posible la estabilización del brote guerrillero. La argumentación y el caudal de hechos aducidos son convincentes. Razón de más para retrotraer el análisis a lo más actual. Pues casi que se podría decir que en donde sobra el énfasis, es porque falta el análisis. «Cáncer

insidioso» es una metáfora osada, corrosiva, que conduce sin embargo a preguntarse por la salud del organismo como un todo, a las terapias posibles, y, sobretodo a si el diagnóstico ha sido oportuno.

Hallándose expuesto de un modo provocador, desde su propio título, es un libro denso, apto para una controversia de largo aliento, aunque su asimilación haya de ser lenta. Deja tantas dudas e interrogantes como los que se propuso absolver de un modo explícito. Induce toda suerte de relecturas en procura de una formulación adecuada de los problemas que no plantea de modo explícito. Por ejemplo: el contraste entre la rigurosa economía, el ascetismo, el sentido estratégico implícito en el cuidado con las fuerzas productivas y los bienes comunes, de las guerrillas que han triunfado («no tomar de las masas ni una aguja ni un trozo de hilo», directriz de Mao y de Vo Nguyen Giap) y el despilfarro de fuerzas productivas, el caudal de recursos que mueve cualquiera de las organizaciones guerrilleras que hoy existen en Colombia. ¿Cómo

ha afectado, en el segundo caso, sus posibilidades estratégicas? ¿Cómo estimar los costos sociales que ha implicado y seguirá implicando? De otra parte, si la guerrilla va camino de ser una institución, un elemento más del paisaje político, ¿por qué no ensayar algunas predicciones acerca de su perdurabilidad?

Diríamos en fin que es un libro valioso por los problemas que ayuda a formular por las contrapreguntas que hace posible formular por las réplicas que de seguro suscitará tanto como por lo que plantea de modo directo. Sobresale en la ya voluminosa literatura que se ha ido conformando, por sus pretensiones analíticas a la vez que sistemáticas, por su esfuerzo en ser exhaustivo en el repaso de enfoques valederos y de teorías pertinentes, y, de nuevo, por el coraje personal del autor al abordar hechos, organizaciones, protagonistas, sin detenerse en consideraciones personales o afectivas.

---

**FERNANDO CUBIDES,**  
**Sociólogo, profesor del**  
**Departamento de Sociología**  
**de la Universidad Nacional de**  
**Colombia.**